

**APAGÓN EN LA ISLA**  
**Por Bruno Bilastini**

---

IV Certamen de Alergia y Humanidades  
RELATO

## APAGÓN EN LA ISLA

Por Bruno Bilastini

El bloqueo nasal. El viento huracanado durante toda la noche. Los golpes del granizo en las contraventanas. Aún daba vueltas y vueltas en la cama, cuando el teléfono móvil sonó justo en el momento en que empezaba a invadirme, por fin, el primer cabeceo de madrugada. Número desconocido. Descolgué enfadado.

— ¿Ingeniero Martín M...?

—Sí, soy yo. Qué pasa.

—Le paso con Autoridad Portuaria. No se retire.

Una racha de cien kilómetros por hora hizo crujir toda mi casa hasta el tejado. Miré el reloj en la mesilla. Las dos y cuarto. Autoridad Portuaria. Me temí lo peor. Acerté.

—Mire, sentimos molestarle. Se trata del faro nuevo. Es la linterna: se ha apagado de repente.

— ¿El faro de la isla? —pregunté tontamente, como si Fomento construyera faros en el pueblo todas las semanas. Intenté asimilar la información. Estaba cansado, muy cansado, inmensa lasitud, boca pastosa. Los antihistamínicos. El Orfidal. El whisky. Sí, también el whisky. —Ya. De repente —contesté, molesto—. Eso no ha pasado nunca.

—Pues es así, créame. Habrá sido el temporal.

— ¿Creen en el Puerto que nuestro faro no es a prueba de temporales? ¿Un faro halógeno de última generación? Bueno, olvídeme, usted perdone. Soy el ingeniero *jefe* de la Junta de Obras del Puerto. Son las dos de la mañana, y he tenido un mal día. Esto es inaudito.

Desconecté el móvil de malos modos, lo apagué y me di la vuelta en la cama, tapándome la cabeza con la almohada para intentar amortiguar el ruido del agua y el granizo en los cristales.

Imposible respirar por la nariz, además. Ah, la alergia.

La que siempre compartimos, Maite y yo.

Nunca podría acostumbrarme a dormir otra vez solo. Intenté no pensar, pero empezó a invadirme uno de esos ataques de tristeza desmandada. Me levanté a buscar más Orfidal, más whisky, lo que fuera, y el teléfono fijo me hizo dar un salto. Descolgué pensando seriamente en denunciar por acoso a la Autoridad Portuaria en pleno.

—Pero qué coño pasa.

—Perdóneme, M... Entienda usted que no le molestaríamos si no fuera imprescindible. Se trata de una emergencia nacional. Le paso con el señor ministro de Fomento.

La sensación de irrealidad me invadió completamente. A otras horas, quizá hubiese acertado con la fórmula protocolaria adecuada, pero en este momento sólo supe balbucear al ministro las buenas noches.

—Se trata del superpetrolero *Greenhouse*, de la naviera McCullough. Uno de los petroleros monocasco más grandes del mundo, sabe usted. Está en el golfo de Vizcaya, a muy poca distancia de la costa, forzado por una avería muy seria. Y con medio millón de toneladas de crudo a bordo. Entenderá que la situación es muy delicada, y que necesitamos lo mejor de lo mejor de todos nuestros técnicos. No podemos permitirnos otro *Prestige*. Échenos una mano, M...

Podía haber explicado que, aunque fallase el faro, cosa imposible, teníamos un par de boyas luminosas señalizando la entrada al estuario y la bocana, pero yo mismo sabía que eran del todo insuficientes para vadear los acantilados de la zona en una noche como ésta. Y entendí en seguida que ese amigable échenos una mano no era una arenga coloquial a arrimar el hombro, sino una orden ministerial desde Madrid con grado de apremio, cuyo incumplimiento podría acarrear riesgos, juicios, multas, inhabilitación.

Así que, compadeciéndome como nunca, me puse a la entera disposición de las autoridades portuarias y marítimas, me despedí del señor ministro con un par de reverencias telefónicas, puse la cafetera al fuego, y me metí en la ducha.

Al menos hoy, aunque tampoco durmiese, tal vez pudiera quitarme de la cabeza a Maite.

Cuando a uno lo despiertan en plena noche dándole órdenes, lo primero que hay que hacer es vengarse un poco y buscar un subordinado a quien despertar a la vez, exigirle que mueva el culo, y todo eso. Así que llamé al Chispas. Para algo éramos compañeros de trabajo y amigos desde hace más de veinte años. Pero él ya estaba avisado y despierto mucho antes que yo. Pasó a recogerme con el Land Rover y volamos hacia el almacén de suministros. Lámparas y generadores de repuesto, bobinas de cable, linternas, y para un último caso, un enorme reflector halógeno auxiliar con sus propias baterías. El Chispas sabía de esto.

Si había una idea realmente peregrina en una noche así, era navegar hasta la isla de Arrigorri, aunque estuviera sólo a apenas una milla de la rada del puerto. Me quedé mirándola, desde el calor de la oficina del Práctico, con los potentes prismáticos que me pasó alguien de Cruz Roja; pero sólo pude distinguir negrura y agua a través de la cristalera. Era increíble, pero el faro insular de Arrigorri, *mi* faro, se había apagado en el peor momento.

—Cuando quieran —el Práctico del puerto era amable, y parecía preguntarse, igual que yo, por qué a él; por qué tenían que pasarle cosas así—. Y tranquilo, M..., que nos van a seguir estos de Cruz Roja por si las moscas.



Tranquilo sí que estaba. Tranquilísimo, a pesar de la situación. El Orfidal, supongo. Los antihistamínicos. El whisky.

La embarcación del Práctico me pareció patética, pequeña, endeble, apenas suficiente para nosotros tres y el piloto, con todo nuestro material. Dentro de la propia rada el agua parecía hervir, agitada por el viento en olas frenéticas que chocaban entre sí. Y fuera de ella, veíamos olas de cinco y seis metros saltar por encima del rompeolas en un estallido de espuma. Temí por un momento que los chicos de Cruz Roja pretendieran escoltarnos hasta la isla en esa mierda de Zodiac con la que patrullan la playa; pero pude ver, más que aliviado, su lancha rápida en el muelle, arrancada y con todo listo para soltar amarras.

—Cuando quieran —repitió el Práctico, y yo salté del muelle a la embarcación, intentando parecer desenvuelto, aunque estaba muerto de miedo. El Chispas miraba en proa hacia la isla, resistiendo las embestidas del viento y tratando de enfocar los prismáticos, sin distinguir nada.

—Qué raro —murmuró—. Qué cosa más rara.

Una chica valiente, Maite. No como yo.

Toda la vida estornudando juntos, llevando como podíamos la polinosis, aprovechando la voz nasal —qué remedio— para entonar las baladas de Neil Young, los *blues* de Clapton.

Una chica valiente. Impasible ante exploraciones y biopsias, ante el propio diagnóstico. Qué putada, dijo muy seria a oncólogos y cirujanos, frunciendo el ceño como si escuchara su parloteo sobre el estadio IV y las escasas posibilidades reales de la quimioterapia, y siguió tocando impasible el mismo *blues* a la guitarra, aquello de *Nobody knows you when you're down and out*, mientras a mí se me derrumbaba el mundo alrededor.

Se tomó su cóctel de morfina y orfidales esa misma noche. Con unos cuantos cuba-libres de ron Cacique.

Con limón exprimido.

—Hostias.

El Práctico perdió el equilibrio con la levantada de proa y estuvo a punto de romperse la crisma contra la bañera. Estábamos ya fuera de la rada, con una marejada atroz y el viento de proa, y el piloto, terco, enfilaba hacia Arrigorri sin perder el rumbo, guiado por las boyas luminosas, la brújula y, supongo, la costumbre. Apenas media milla hasta la isla. La milla de los locos, pensé.

—Hostias —Ya no era el Práctico del puerto el que juraba, sino el Chispas a mi lado, que enfocaba a estribor con los prismáticos—. Está ahí. El *Greenhouse*. Lo tenemos encima.

Me pasó los prismáticos y me asomé a cubierta, haciendo equilibrios contra el viento.

—Hostias —repetí, sin remedio.

Era verdaderamente enorme, el buque más grande que hubiera visto yo nunca, y lo teníamos delante, a apenas cien brazas, la amura de babor frente a nosotros alta como la pared de un rascacielos, avanzando a ocho o diez nudos y a punto de rebasar la entrada al estuario. Se nos venía encima. Un barco de ese tamaño navegando a nuestro lado generaba grandes olas de contigüidad añadidas al oleaje gigantesco del temporal. La embarcación del Práctico se levantó de repente por estribor, al tiempo que el piloto embestía en su rumbo una ola de proa, y vi al Chispas salir despedido por la borda justo un segundo antes que yo. Antes de sumergirme yo mismo en el mar más revuelto, más violento y más frío que jamás hubiera podido imaginar. Pobre chaval, pensé mientras me hundía sin remedio bajo el peso de mi propia ropa empapada en agua boreal. Pobre Chispas. No merecía esto.

Le había prometido a Maite que nadie diría en su funeral ningún tópico imbécil, pero no puede cumplirlo; el cura se superó a sí mismo con su mejor voluntad, despachándose con la difunta: lo de la esposa ejemplar, lo de muy amiga de sus amigos, lo del coraje ante la vida y la enfermedad, todo. Grandes verdades, supongo.

Ni una palabra sobre sus arpegios imposibles con la acústica, sobre esas baladas de Madeleine Peyroux al piano que te dejaban sin aliento; nada de sus ocasionales bulerías y fandangos, nada de los gestos prometedores con la lengua en el labio superior cuando se había pasado un poco con el crianza; ni una palabra sobre su forma de abrazarte de madrugada, con brazos y piernas a la vez, y de hundir la cabeza en el hueco de tu axila ronroneándote en el costado.

Amanece ya, y el cielo plúmbeo se rasga a jirones. Me incorporo, me pongo de pie con dificultad, y doy cuatro pasos cortos sobre una cala diminuta que ha dejado la bajamar entre las rocas rojizas. No reconozco el paraje, pero trepo peñas arriba, y me quedo pasmado ante la enorme campa de hierba y tojo que se extiende ante mí. Me vuelvo, y al final de la campa, blanco y erguido, está el faro.

Mi faro. Perfectamente encendido, con el reflector girando y esparciendo por el océano su luz concéntrica al amanecer.

En ese momento oigo la guitarra acústica, y veo que se acerca cruzando la campa; y a medida que avanza hacia mí, acariciándose con la punta de la lengua el labio superior, sus estornudos en salvas, su preciosa voz nasal y los viejos acordes de *blues* vuelven a fascinarme, incluso por encima de la súbita certeza de estar muerto.